

El ciclo de la vida

Por JKL

I

Apretó el gatillo, y se sintió efímero.

Podía ver su cuerpo muerto, pero mientras más lo veía, más indiferente le resultaba aquella pútrida envoltura que poco a poco se iba desvaneciendo. Desasiéndose, mientras todo su ser se fundía en negro.

Cuando la oscuridad -por fin- se apodero de su universo, contemplo el vacío. Y se sintió feliz, por primera vez en mucho tiempo.

Se habían acabado las horas extras y los recortes en su sueldo. Los gritos de su esposa y las miradas cizañeras de sus compañeros; eran cosa del pasado. Ya no hacían eco en su cerebro.

Por azares del destino, la paz que tanto había buscado en vida solo la pudo encontrar después de muerto.

Informe, sonrió. O, al menos, creyó hacerlo.

Envuelto en semejantes pensamientos, poco o nada le importaba si tenía que pasar un millón de años sumido en el más profundo de los silencios. Era uno con el abismo... Pero, para su desgracia, esa unión no dudaría mucho tiempo.

De un momento a otro, el pobre diablo se vio succionado por una fuerza inexplicable. Que, sin razón aparente, lo arrastraba lejos, muy lejos, del vacío eterno. Guiándolo hacia una misteriosa luz, cuyo origen parecía remontarse al principio de los tiempos.

En un comienzo, el hombre trato de resistirse. Aferrándose a la nada con el recuerdo de sus antiguos miembros. Cuando el desgraciado se dio cuenta de que su cuerpo lo había abandonado por completo, quiso llorar. Pero sus ojos eran cosa de otro tiempo.

Derrotado; se vio obligado a abandonar cualquier tipo de resistencia. Resignándose a ser arrastrado a aquella enigmática luz. Que poco a poco iba consumiendo todo lo que rodeaba. Transformado los alrededores de su no existencia en lo que solo puede ser descrito como un interminable túnel de fuego.

A medida que la oscuridad se disipaba. De entre la incandescencia, empezaron a surgir voces de otro tiempo. El suicida, no podía entender

lo que decían. Tampoco recordaba haberlas escuchado antes. Pero había algo en ellas que le resultaba extrañamente reconfortante.

Con el paso del tiempo, en su delirio, el desgraciado creyó oír cosas como: Cálmate; respira hondo; lo estás haciendo bien; no tienes nada de qué preocuparte.

A medida que las palabras se hacían más legibles. Poco a poco, el hombre empezaba a relajarse. El túnel se hacía cada vez más estrecho. Las tinieblas terminaban de evaporarse.

Cuando el pobre hombre empezó a distinguir la totalidad de las frases. La oscuridad se había ido por completo. La luz estaba en ningún lugar y, a la vez, todas partes.

...

Cuando se despertó, se dio cuenta de que la lámpara del hospital apuntaba directamente a sus ojos.

A duras penas, aparto la mirada. Sus ojos le dolían. Su cabeza daba vueltas y vueltas. Todo su ser se sentía como un inútil pedazo de mierda pero, aun así, en líneas generales, podía distinguir lo que se cocía en el panorama.

A su alrededor, un hombre vestido de doctor revisaba lo que parecía ser un expediente médico. Despreocupadamente, un par de enfermeras cuchicheaban entre ellas. Todo parecía relativamente normal hasta que, el desgraciado, se dio cuenta de la protuberancia que nacía de su ombligo...

Y sus ojos se fijaron en el rostro atolondrado de su nuevo padre. En las empalagosas miradas de las enfermeras. En la rebuscada sonrisa su nueva madre.

Cuando sus débiles oídos, oyeron las rutinarias felicitaciones del doctor a su nuevos padres. El renacido frunció el ceño...

Y empezó a llorar.